

LENGUA Y CONQUISTA

Margo Glantz

En los *Diarios* de Cristóbal Colón aparece constantemente una queja del Almirante: “Y la gente de esta tierra no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga a ellos.” El no entender se traduce por una frase obsesiva inscrita en el texto a partir del 12 de octubre de 1492: “No haber lengua”.

Un problema semejante se les presenta a los españoles cuando llegan a México. Para atenuar o eliminar ese inconveniente, Bernal Díaz del Castillo declara que “se prendían indios” para “tomar lengua” de ellos, siguiendo la ya establecida tradición impuesta por Colón en América. Y Cortés, tan parco y directo en su escritura, dedica varias páginas de su “Primera carta de relación” a consignar el rescate de Jerónimo de Aguilar que habría de convertirse, en palabras de Bernal, “en tan buena lengua y fiel”.

La lengua es, así, uno de los puntos esenciales de la Conquista. A menudo se destaca su importancia y es bastante probable que estas observaciones se hayan formulado más de una vez. Sin embargo, se maneja comúnmente como un hecho entre muchos otros y creo que merece más atención. Me limitaré aquí a analizar el tema a partir de la ya mencionada primera carta y de los primeros cincuenta y dos capítulos de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal. Cubre los mismos acontecimientos: del desembarco en México (en las tres expediciones) hasta la adquisición de la Malinche.

Quienes frecuentan la historia de América no habrán olvidado sin duda las circunstancias que presiden el “descubrimiento” de México. Oigámoslas en palabras de Las Casas: “. . . pero si las tierras no tenían oro, que por consiguiente las estimaban por *inútiles y perdidas*, tenían por sacrificio para Dios y servicio para Sus Altezas saltar y prender toda la gente dellas y traellas por esclavos y consumilla toda en las minas y en las otras granjerías. . .” Aniquilada así una parte de la población de las Antillas, los españoles hacían viajes de reconocimiento y de rapiña para, como dice Cortés, “ir por indios a las islas que no estén pobladas por españoles para se servir dellos”.

La expedición organizada por Hernández de Córdoba en 1517 dejó como saldo el conocimiento de que existía, en palabras textuales de Cortés, “una tierra muy rica en oro, y que en la dicha tierra había edificios de cal y canto, *mucha administración* y riquezas.” Diego Velázquez, “movido más a codicia que a otro celo” (Cortés, naturalmente) inicia las

providencias necesarias para obtener licencia real y rescatar en tierras ignotas. Una segunda expedición comandada por Juan de Grijalva prosigue las exploraciones y aumenta las expectativas: se rescatan piezas de gran valor no sólo comercial sino artístico, “que solo las manos —aclara Las Casas—. . . o el primor del artificio dellas valían más que el oro y la plata”. Los españoles sufren varias derrotas y deciden regresar a la isla Fernandina, critica Cortés, “sin calar la tierra ni saber el secreto della”. Se organiza por fin la tercera expedición, la de Don Hernando. Desde Cuba empiezan las disensiones y Velázquez intenta revocarlo de su cargo. Lo demás es bien conocido: la expedición consta de 11 navíos, más de 400 hombres, unos negros, varios indios, algunos caballos y como de costumbre un gobierno portátil en miniatura con autoridades civiles, religiosas, militares y todo tipo de artesanos: carpinteros de lo blanco, herreros, calafateadores, et- cetera.

Varios combates simultáneos deben librarse, el inmediato: arrebatarle “su secreto” a los indios y a su tierra, contentar a los propios hombres, justificarse ante el rey: Velázquez es un traidor, Cortés leal servidor. Para descubrir un secreto es necesario interpretar la realidad, desdoblarse, mirar hacia adentro y hacia afuera simultáneamente, y, ¿cómo interpretar la realidad sin entender la lengua? La lengua es definida en el *Diccionario de la Real Academia* como “el órgano muscular, situado en la boca de los vertebrados y que sirve para deglutir y para articular los sonidos de la voz. Lengua es también el conjunto de palabras y modos de hablar de un pueblo y nación, y en un tercer sentido, la lengua es un intérprete de idiomas y hasta un espía.” Las primeras lenguas de la Conquista (en el tercer sentido consignado aquí) son esclavas. No otra cosa serían Melchorejo y Julianillo, indios mayas apresados por Hernández de Córdoba en Cabo Catoche y llevados a Cuba para aprender castellano; regresan con la expedición de Grijalva, transformados ya en intérpretes. (“Entonces el Capitán les dijo con las *lenguas* Julianillo y Melchorejo”, . . . empieza Bernal.)

Antes de apoderarse de las lenguas o de que éstos aprendan su oficio, aun rudimentariamente, los conquistadores utilizan el lenguaje de las señas. “Capeándolos con las capas, aclara Bernal, porque entonces (expedición de Hernández de Córdoba) no teníamos lengua que entendiera la de Yucatán y mexicana”. Las Casas, con su rudeza habitual acota: “di-

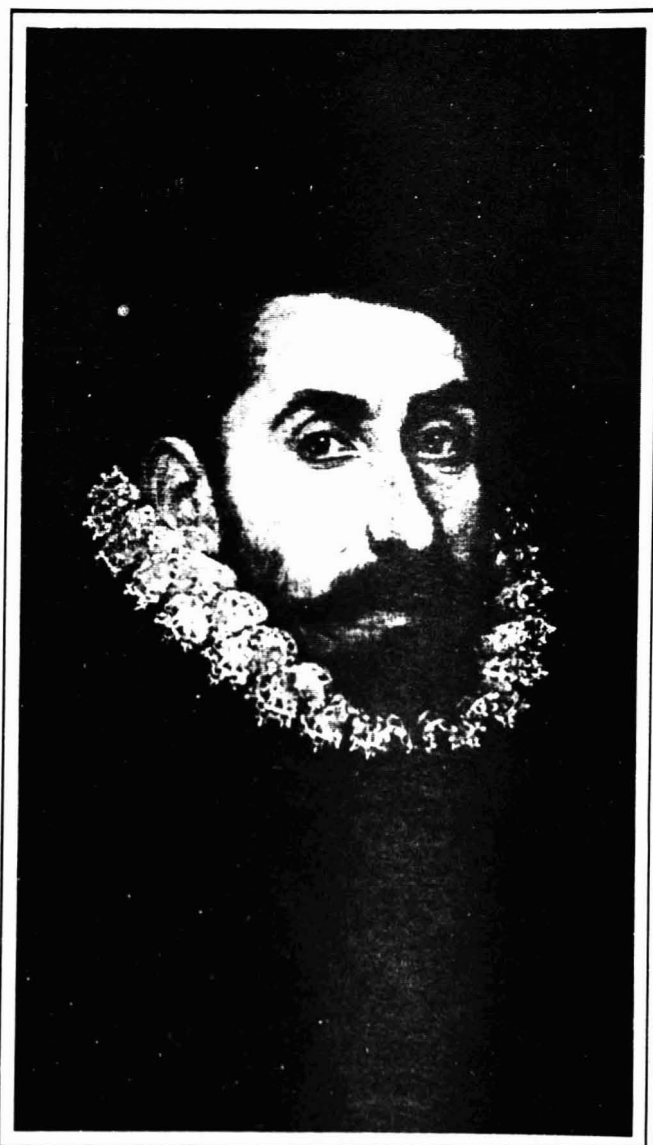
ciéndoles por sus meneos y señas que se fuesen de su tierra . . .” Bernal refiere también cómo al llegar a Cabo Catoche se encuentran con una india de Jamaica “moza y de buen parecer” y “cómo muchos de nuestros soldados e yo entendíamos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos . . .” La posesión de la jamaiquina, sobreviviente de una expedición de indios de esa isla a Yucatán, ayuda a refinar las interpretaciones. Al llegar Grijalva a Río Banderas, donde ya se habla náhuatl, lengua que ninguno de los intérpretes conoce, toman preso a otro indio quien bautizado responde al nombre de Francisco; él cumple burda y provisionalmente con las funciones que más tarde cumplirá la Malinche.

Melchorejo y Juliancillo, comprueba Bernal, no son de fiar: En Champotón, Grijalva inicia la “plática” con algunos principales del pueblo y les entrega el habitual rescate de cuentas verdes y cascabeles, a cambio de oro y vituallas, y los envía como embajadores “para que viniesen de paz . . . porque fuesen sin miedo: y fueron y nunca volvieron, e creímos que el indio Juliancillo y Melchorejo no les hubieran de decir lo que les fue mandado, sino al revés”.

Conciente de esa carencia, precavido, atento a los relatos, buen político, en suma, Cortés se encarga de poner en ejecución una de las cláusulas de las capitulaciones que ha firmado con Velázquez: “Procuraría por todas las vías, maneras e mañas” la redención de seis cristianos que los lenguas aseguran estaban cautivos en Yucatán, naufragos como la india jamaiquina de una expedición procedente de Jamaica, “pues les pareció que mucho servicio a Dios y a Vuestra Majestad [haría] en trabajar que saliesen de la prisión y cautiverio en que estaban”.

Sus cuidados —enviarles una carta y rescate de “bujerías y quincallería” para liberarlos— culminan con la “redención” de Jerónimo de Aguilar, el primer intérprete verdaderamente digno de confianza con que cuenta Cortés, Bernal lo describe así: “. . . le tenían por indio propio porque de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, e traía un remo al hombro y una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, en una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto, que eran horas muy viejas”. Es significativo este pasaje: Aguilar se viste y actúa como un indio (“se puso en cucullas”), es más, físicamente, “de suyo” tiene un tipo similar al de los indígenas (“porque Aguilar ni más ni menos era indio, insiste Bernal”) y como Melchor y Julián ha sido colonizado: aprende a la fuerza una lengua ajena a la suya y cuando lo encuentran los españoles “masca” el castellano: “Y dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio . . .”

Por su parte, Melchor y Julián distan mucho de ser buenos intérpretes, transmiten con dolo e incompletos los mensajes. No es además inconcebible que tuvieran razón al hacerlo. Grijalva no descifra bien las señales y durante una de las batallas que se libran, los soldados confunden las flechas con nubes de langostas y no se escudan, “y otras veces creíamos que eran flechas y eran langostas que venían volando: fue harto estorbo”, sin verdaderos intérpretes, la realidad es



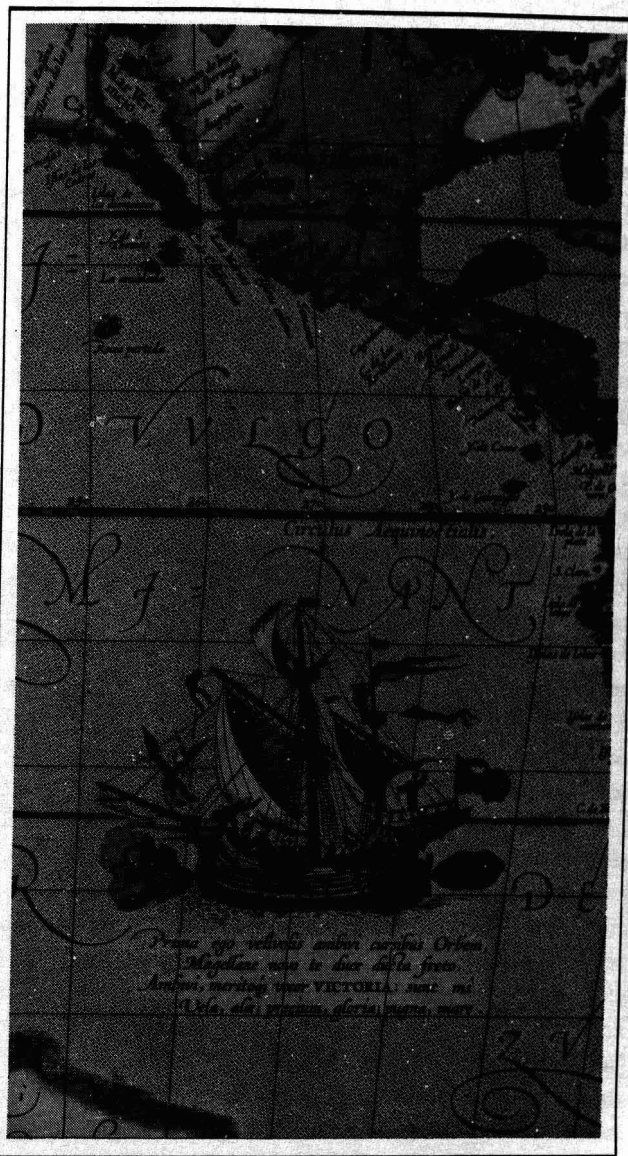
Hernán Cortés, retrato de Alonso Sánchez Coello

incomprensible. Cortés se encarga de poner las cosas en su lugar, de entenderlas en su justo sentido, el que conviene a sus intereses. Jerónimo de Aguilar es la ficha que completa su juego; sustituye a Melchor (Julián ya ha muerto para la tercera expedición) quien traiciona a los españoles en la batalla de Tabasco.

Me detengo aquí para hacer una reflexión: designar al intérprete con la palabra lengua define la función retórica que desempeña, en este caso la metonimia, tomar la parte por el todo: quien así se ve despojado de su cuerpo, es solamente una voz con capacidad de emisión, y es la lengua —obviamente— la que la produce. La voz no es autónoma sin embargo: por razones estratégicas y por su oficio. La lengua es un cuerpo agregado o interpuesto entre los verdaderos interlocutores, el conquistador y el indígena: “Como el Capitán vio esto, no saltó a tierra, sino desde los navíos les habló con las lenguas y farautes que traía (Cortés) . . . e por la lengua de Aguilar les hizo otro requerimiento” (Bernal). En los códices de la época es la Malinche la que aparece intercalada entre los cuerpos principales (Códice florentino, Lienzo de Tlaxcala, por ejemplo); ese mismo hecho, el de ser solamente considerado por su voz, los vuelve un cuerpo prestado, en fin un cuerpo esclavo; actúan como los ventrilocuos, como

si su voz no fuese su propia voz; intermediarios absolutos, los intérpretes o lenguas son imprescindibles. Si no hay diálogo y entendimiento con los indígenas es imposible penetrar en su territorio, conquistarlo. Este problema, obsesivo en Colón, se vuelve aún más urgente en México: una civilización pulida, con *mucha administración*, edificios de cal y canto, gente vestida, “de más razón”, no tolera sino interpretaciones precisas, inteligentes y cabales. Se observan hechos y acontecimientos cuya captación es singular: deducir su sentido es crucial para el éxito de la expedición y para salvar la vida. La comprensión cabal de la conducta de otros pueblos resulta muy difícil y la tarea del intérprete es medular. El oficio del *lengua* perdura mientras se hagan incursiones en territorios no dominados; más tarde cuando la conquista de México se consuma y los lenguas son intérpretes de un mundo destruido, los misioneros lingüistas, los padres lenguas, toman su lugar: una extraña conjunción nace, una especie de doble lengua, la mancuerna constituida por el misionero y sus informantes. El caso de Sahagún lo ilustra bien: Toma “muestras” en tres pueblos diferentes en donde escoge hasta 10 personas principales, generalmente viejos, y refina sus interpretaciones al hacer el sumario final: varias lenguas unidas participan en el cuerpo textual.

Estos cuerpos a medio camino entre objeto y sujeto, deben, antes de ser lenguas, bautizarse (si son indígenas) y vestirse como europeos. Jerónimo de Aguilar recupera la ropa tradicional de los hombres que hablan su lengua materna: “Cortés luego le mandó dar de vestir camisa e jubón, e zara güelles, e caperuza, e alpargatas que otros vestidos no había”. De igual manera, al llegar Cortés a Tabasco, Melchor, ya muy disminuido y utilizado para tareas de menor importancia —servirle de lengua al lugarteniente de Cortés, Alvarado— “dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla y se fue de noche en una canoa”. Aguilar y Melchor truecan sus ropas prestadas y recobran su identidad perdida en el cautiverio. Hay que recordar que al vestirse como indio, trasquilarse como tal y tener por obra del sol un tono moreno de piel, Aguilar pierde también su castellano, pues no lo habla, lo “mascas”. El indio bautizado recibe con su nuevo nombre una nueva vestimenta: el indio Francisco (arriba mencionado), después que entendió nuestra lengua, explica Bernal, “se volvió cristiano, y después de ganado México le vi casado en un pueblo que se llama Santa Fe”. La Malinche permanece vestida de indígena, en las pinturas va con su clásico atavío: Cubiertas bien sus vergüenzas y siendo mujer, quizá no fuese necesario cambiar de traje. Estas operaciones, estos cambios de vestimenta, de nombre, de lengua, de religión forman parte del trueque, del rescate operación principal que preside a la Conquista. Explorar para rescatar (intercambiar cuentas verdes, azules, cascabeles, jubones de terciopelo colorado o camisas de Castilla por oro, mujeres y comida) es un trueque. Redimir almas: convertir a los indios en servidores de Cristo y de Carlos V, es un trueque. Redimir a un cautivo —Jerónimo de Aguilar— se logra mediante un rescate (trueque). Redimir almas es ponerles un nuevo signo, nueva ropa: un travestimiento. Un caso trágico, entre otros, el de Melchor: cuando sus compatriotas pierden el combate con los españo-



les porque el indio, mal transculturado, interpreta mal los signos, no los aconseja bien, Bernal observa: “Y también dijo [el embajador indígena] que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen: e dijeron que como vio que en la batalla no les fue bien, que se les fue huyendo. . . e supimos que lo sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos.”

Una expedición dirigida por el signo del rescate marca los cuerpos como un tatuaje, mejor, los hierra, como después a los indígenas. Cualquier intento de poblar o de pacificar —eufemismos de conquista y destrucción—, se inicia con un trueque, inclusive la posición del Jefe de la Armada, presto a trocar su carácter de portavoz —de alguna manera lengua— del Gobernador Velázquez por el de Capitán General. Sabemos bien que uno de los propósitos deliberados de las *Cartas de relación* es ratificar ese argumento: autorización para trocar el objetivo de la expedición: poblar en vez de rescatar, convertir a los vasallos de Moctezuma en vasallos de Carlos V, cristianizar a los indígenas y sacarlos de la idolatría. Rescatar y poblar son operaciones diferentes y su resultado final es diametralmente opuesto, pero no obstante su signo inicial es

siempre el trueque. Lo mismo ocurre con el intercambio de presentes y en la guerra que se libra, un principio diplomático.

Hasta ahora habíamos reseñado un equipo convenientemente formado por algunos indígenas, cuya actuación era imperfecta: Melchor, Julián ("ambos trastabados de los ojos"), la india jamaquina, Francisco, unos indios de Cuba. Julián es sacrificado en la tercera expedición, Francisco se cristianiza. El equipo tiene fuerza real cuando aparece Jerónimo de Aguilar. La vuelta de tuerca en este engranaje, por demás conocido, es la presencia de Doña Marina, Malintzin, Malinche. Su entrada en escena es precisamente un producto de un intercambio de presentes. Cuando los españoles ganan la batalla en Tabasco, Cortés recibe de los indígenas como precio de su derrota y a cambio de las "sabrosas" palabras de halago de Cortés, transmitidas por el lengua Aguilar, un tributo, consistente en "cuatro diademas, unas lagartijas, y dos como perrillos, y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, y otras cosillas de poco valor", sobre todo, además de varias gallinas... "veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana." Bernal la describe con admiración; Cortés la menciona, brevemente, en la "Segunda carta de relación" y López de Gómara, "criado del Conquistador" (califica maliciosamente el padre Las Casas, y quizá por ello otra especie de lengua), explica: "Todo se había hecho sin lengua, porque como Jerónimo de Aguilar no entendía a esos indios, que eran de otro lenguaje muy diferente del que él sabía, por lo cual Cortés estaba preocupado y triste, por faltarle *faraute* para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquellas tierras: pero después salió de esa preocupación, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchán hablaba con los del gobernador y los entendía muy bien como hombres de su propia lengua; y así Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad entre aquél y aquéllos de su tierra, puesto que los entendía, y él la quería tener por su *faraute y secretaria*". Bernal explica que esa bilingüidad "fue gran principio para nuestra Conquista". Cortés comenta secamente en la "Segunda carta de relación": "... a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra que hube en Potonchán..."

Jerónimo de Aguilar es redimido de su cautiverio por medio de un rescate banal y unas cartas: a los indígenas simplemente se les prende, se les bautiza, se les viste: la Malinche es un regalo, parte integrante de un grupo de mujeres ofrecidas "para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército (Gómara)", es decir, para las labores propias de su sexo, incluidas las de reproducción. Es un presente ("Y lo que yo vi e entendí después acá —explica Bernal—, es que en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba paces".)

Uno de los significados de la palabra *faraute*, además del de intérprete, es el de mensajero y un lengua cuenta entre sus funciones la de espía. La Malinche incorpora todos esos matices y además se vuelve secretaria del futuro marqués, quien le ha prometido libertad. Singular destino el de Doña Marina: es mujer en una sociedad donde las mujeres tienen

un papel subordinado y es ofrecida como tributo a Cortés, miembro de otra sociedad donde las mujeres están subordinadas a los hombres como los niños a sus mayores. Cortés ha redimido a Aguilar de su cautiverio para que le sirva de lengua y a la Malinche le promete "más que la libertad" si se convierte en su *faraute* y secretaria. ¿Qué querrá decir Gómara con "más que la libertad"? La Malinche conserva sus vestimentas, le dan varios cargos y su posición en el ejército es preponderante; sabemos también que en la Expedición de las Hibueras acompaña a Cortés y que tiene un hijo con él. Es, en fin, una especie de lanzadera, refuerza la teatralidad de Cortés con las palabras traducidas, como si ella y Aguilar pusiesen en marcha las acotaciones escénicas de un auto sacramental montado por Cortés. Un requerimiento es necesario para tomar posesión de los nuevos reinos: los *farautes* comunican un mensaje de paz contradictorio: si no quieren la guerra y la destrucción total deben abandonar a su señor y a sus dioses para ser vasallos de Carlos V y ovejas de la Iglesia de Cristo, mensaje sancionado con debida formalidad por los escribanos. Los receptores del mensaje no se "curan", al principio, de contestar con palabras sino con "flechas espesas", asienta Cortés. Para trocar las flechas en palabras se regresa al lenguaje de las señas, el de los *meneos*, expresión afortunada de Las Casas (y en general de ese tiempo) es decir, el de la simulación, lenguaje en el que Cortés descuella. Se recurre a los caballos, a una yegua recién parida, a las lombardas, a la artillería en pleno. Se inicia un simulacro de catequización guiado por el fraile mercedario Bartolomé de Olmedo, se les explica a los indios, mediante el lenguaje de los *farautes* y el de las señas —convertido en teatro religioso— la verdadera religión. Se manda instalar una imagen de la Virgen en un adoratorio construido al vapor por un carpintero de lo blanco auxiliado por un albañil indígena, y con una espada Cortés graba una cruz en un árbol local —la ceiba—: ha tomado posesión del territorio mexicano. Cada movimiento es traducido "lo mejor que pudo" por el lengua Aguilar y escrito en español por el escribano. Se organiza una procesión y se bautiza a las indias entregadas como tributo. Entre las primeras cristianas estará Doña Marina, ya lista por ese hecho para volverse lengua. Los indios contemplan admirados a los españoles (Bernal) convertidos en actores. Ha llegado el momento de poblar, de redimir la tierra, de ir contra lo concertado con Velázquez. Los aztecas hacen su aparición y un concierto a tres voces se entona en el gran teatro del mundo. Empieza Cortés, sigue Aguilar y luego Doña Marina, Cortés habla por Carlos V, del que se finge ventrilocuo; todas estas voces y esta actuación le llegan a Moctezuma en rápida mensajería y en magníficas pinturas.

La "Primera carta de relación" termina con la máxima teatralización: la creación en la escritura de la Villa Rica de la Veracruz. Una horca y una picota son los únicos símbolos concretos de esa realidad. Cortés se dirige a México: aquí acaba la "Primera carta de relación", no así la labor incansable, nunca bien ponderada, de los *lenguas*. ♦

* De fundamental apoyo en este ensayo son *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara y la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas. Los subrayados son míos.